

LA NOCHE EN QUE NACIÓ EL MIEDO

BY STEPHANIE ALCANTAR

Nunca había esperado tanto a que amaneciera, pidiéndole a Dios que me dejara ver la luz por debajo de la puerta. Nos vamos a quedar aquí. Dijo mamá. Para no regresar a la casa y volver otra vez mañana más cansados. ¿Aquí? Pensé. ¿Dónde? A Lucia y a Ana las dejó irse con la condición de que volvieran al día siguiente con el desayuno para Daniela, para mamá y para mí. Llevábamos todo el día abonando la milpa. Una por una. Desde que teníamos unos seis años nos enseñaron a regar el abono. Debes atinarle al mero pie de la mata. Decían. Si le cae a las hojas se van a quemar. Y así nos íbamos, una por una, hilera por hilera, hora por hora, hectárea por hectárea. Éramos pequeñas hormiguitas trabajando en medio de las líneas verdes de maíz. Mañana tempranito le seguimos. Pero. Mientras Ana y Luci llegan con el desayuno. Pero. Ni siquiera pude terminar de quejarme. Eso fue lo último que nos dijo mamá antes de empezar a sacudirse el pantalón y caminar rumbo a la casa blanca. Daniela se me quedó mirando a mamás y luego los dos volteamos a mirar la última uña de sol que desaparecía detrás de las montañas. Luego fue como si el silencio se hubiese parado en medio de los dos, a mirarnos. Como si nos hubieran dicho en sus marcas, listos, fuera, salimos corriendo detrás de mamá. Solo se escuchaba el tac-tac-tac de nuestras cubetas vacías chocando con el cuerpo. Cuando la alcanzamos ella estaba quitándose su gorra manchada de sudor. ¿Dónde vamos a dormir? En el petate. Pero dicen que aquí hay víboras y coyotes. Aquí nos vamos a quedar. Y nos quedamos.

¿Alguna vez has escuchado la noche? ¿Alguna vez has estado rodeada de tanta oscuridad que parece que te grita al oído? Yo había oído a los mayores decir que los había agarrado la noche. Yo no sabía por qué lo decían, hasta entonces. Yo sentí que la noche era una manta transparente que te caía encima y se te iba pegando al cuerpo, así como se te pega la playera cuando tienes mucho sudor, igual, pero en cada centímetro de la piel, en la planta de los pies, en medio de los dedos, en los párpados que no puedes cerrar, por detrás de las orejas, y luego, cuando ya te ha cubierto todo, se mete por tus oídos.

Dentro de cuatro paredes de adobe y un techo de polines y teja, mamá se quedó dormida y Daniela en medio de nosotros dos, también. Daniela era todavía muy pequeña para tener miedo, para imaginarse todo lo que cabía dentro de mi mente y se multiplicaba como un montón de abejas peleándose por salir de su enjambre. Los tres juntos, acostados sobre un petate puesto encima de una base de cama de fierro llena de resortes, esperamos a que pasara la noche. A mí me tocó dormir del lado de la puerta pesada de madera que tenía una enorme rendija por debajo, por donde yo calculaba que fácilmente podía entrar una víbora.

No estaba todo completamente oscuro. Arriba, entre los tablones de madera, se podía ver el hueco que había entre el techo y las dos aguas de teja. El tepanco, le decía mi abuelo. Era algo así como una bodega donde guardaban cosas de la siembra. La luna alcanzaba a iluminar partes del tepanco. Si te quedabas mirando de repente veías algo moverse de un lado a otro, sin dirección. Luego me acordé de que una vez el abuelo dijo que había visto murciélagos en el tepanco. Yo cerré los ojos con fuerza y contuve la respiración. Luego dejé salir el aire de mis pulmones despacito, muy despacito. No quería moverme ni un milímetro. Por ligero que fuera el movimiento, los resortes se quejaban y

yo no quería agregar ni un ruido más a todos los que ya había. Entonces así, más quieto que un árbol me quedaba dormido del cansancio, no pasaba mucho tiempo cuando abría de nuevo los ojos y la noche me abrazaba de otra vez.

Yo escuchaba el silencio de estar solos. Solos. En medio de la nada. A kilómetros de la casa. Lejos de todo y de todos. Poco a poco fui metiéndome dentro de ese silencio, hasta que encontré el ruido. Grillos y sapos, lechuzas y muchos pero muchos insectos sonando todos al mismo tiempo, sin detenerse. A mis diez años, esa noche alcancé a imaginar cientos de tipos de insectos, moviendo sus alas, agitando sus patas, rebanando las hojas, volando alrededor de nosotros, rodeándonos, mirándonos dormir y haciendo tanto ruido como fuera posible para avisarnos que estaban ahí. Luego un coyote o dos aullaban. Eso sí que era una orquesta.

Algo dentro de mí creció esa noche, nació del estómago, yo lo sentí. Se extendió como las raíces de los árboles dentro de mis pulmones y se enredó en mi corazón a pesar de lo mucho que se agitó y peleó para evitarlo. Cada vez que tengo mucho miedo, lo siento de nuevo. A partir de esa noche yo no volví a ser el mismo. Recuerdo que las últimas horas, antes de que amaneciera, permanecí atento a la rendija por debajo de la puerta y esperé quieto a que la luz viniera por mí.